tan buena sazon, murió á los 13 de febrero de 1586, y su cuerpo fué llevado á Mantua, como él lo ordenó, y enterrado en la iglesia de San Francisco. Cuando Luis supo del Padre General de San Francisco, y de las otras personas que se hallaron presentes, las circunstancias de aquella muerte, se consoló grandemente, y dió muchas gracias á nuestro Señor.

CAPÍTULO III.

De cuán dado fué á la mortificacion siendo Novicio.

Solia Luis decir que habia tomado de su padre este consejo: que cuando uno elige un estado ó se pone á hacer alguna cosa, ha de procurar hacerla con ventajas; y añadia, que si esto sentia su padre en las cosas del mundo, más razon era tomar este consejo en las cosas de Dios. Así lo practicó él, tomando muy de veras el mortificarse y el granjear virtudes, y no parar hasta la perfeccion. Y por decir algo en particular de lo que en aquel tiempo se decia de él, primeramente se desnudó del afecto de sus parientes, de suerte que parecia que de hecho se le habian ya pasado de la memoria; y así, preguntándole un dia uno cuántos hermanos tenia en el siglo, no supo responder sin ponerse primero á hacer la cuenta. Preguntándole otra vez un Padre[7] si le daba pena de acordarse de sus parientes; respondió que no, porque no se acordaba de ellos sino para encomendarlos á nuestro Señor, y por la gracia de Dios era tan dueño de sus pensamientos, que jamás pensaba sino en lo que queria.

Guardaba sus sentidos con tanto cuidado, que se puede decir de él con verdad, que teniendo ojos no veia, y teniendo oidos no oia, y estando acá con el cuerpo, con el alma no estaba acá, sino en el cielo. No se le vió jamás mientras fué religioso cosa de olor en las manos, y mucho menos cosa de perfumes: antes, cuando iba á los hospitales á servir los enfermos (que lo solia pedir muy á menudo), de ordinario se llegaba á los más asquerosos, y pasaba aquella hediondez sin hacer asco ni dar muestra ninguna de pesadumbre.

Mortificaba el sentido del tacto, y castigaba su carne con disciplinas, cilicios, ayunos á pan y agua, y otras penitencias

y asperezas, que aunque eran muchas, no eran tantas como él quisiera, porque atendiendo á su flaqueza y delicadeza, no se le concedia todo lo que pedia; y no era poca mortificacion y pena para él, el no poder en esta materia hacer lo que deseaba. Hablando un dia de esto con un Padre, le dijo que él en la Religion no hacia penitencia ninguna, respecto de la

M. R. P. Fray Francisco Gonzaga, General de los Franciscanos, y despues Obispo de Mantua.

De un lienzo que está en la catedral de Mantua, en la sacristía de los Canónigos. (Véase el libro I, cap. 9 y 10, y el libro II, cap. 2, y nota 5. Appendice, cap. 2.)

que hacia en el siglo; pero que se consolaba con pensar que la Religion es como una galera, en la cual tanto andan los que por obediencia se están mano sobre mano, como los que trabajan y reman. Un dia de vigilia pidió licencia para ayunar á pan y agua; diéronsela, y sentándose á la mesa, reparó el maestro de novicios que no habia comido casi nada: quísole dar segunda mortificacion, y mandóle que se volviese á sentar

á segunda mesa, y comiese lo que se diese á los demás; volvió por obediencia, é hizo lo que se le habia mandado. Acabada la mesa, uno que lo habia reparado díjole por darle broma: Dios sea en su alma, hermano Luis; no me parece mala la traza del ayuno: comer poco la primera vez, para comer dos veces: él sonriéndose respondio: ¿Qué quere que haga? *Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum*, dice el Profeta.

La guarda de los oidos le hacia que nunca los diese á nuevas ó pláticas inútiles: porque en tales ocasiones, si buenamente podia, metia otra plática; si por ser personas de respeto no podia, componíase y callaba de modo, que se echaba de ver que no le daba gusto la plática.

En la guarda de los ojos fué extremado, aun siendo seglar, como se ha visto; pero mucho más en la Religion. Iban los novicios algunas veces al año á una viña por recreacion, y Luis habia ya ido á ella con los demás algunas veces. Sucedió que, por no sé qué ocasion, fueron un dia á otra diferente. A la vuelta preguntáronle en casa, cuál de las dos viñas le contentaba más. Espantóse él mucho de la pregunta, porque habia pensado que era la misma que las otras veces, siendo bien diferente el camino, el sitio, la casa y todo lo demás: despues hizo reflexion, y se acordó que en ésta habia hallado una capilla que no habia visto en la otra. Tres meses habia ya comido en el refitorio del noviciado, y aun no sabia el órden de las mesas; y así, enviándole un dia el Padre ministro por no sé qué libro que se habia dejado en el asiento del Padre rector, tuvo necesidad de informarse dónde era el asiento del Padre rector, porque no sabia ni aun dónde se sentaban los sacerdotes. Otra vez, habiendo ya estado algunos meses en el noviciado, fué á su maestro de novicios con un escrúpulo que le daba mucha pena, y era que acaso ó sin querer se le habian ido los ojos dos ó tres veces á mirar lo que hacia uno que estaba junto á él, y temia no hubiese sido curiosidad; y lo que es más, añadió, que este era el primer escrúpulo que en materia de mirar habia tenido en la Compañía.

El sentido del gusto parece que totalmente le habia perdido, porque no hallaba gusto en los manjares, ni reparaba en que fuese bueno ó malo, sabroso ó desabrido. Lo que

procuraba era echar mano de lo peor que le ponian, y en el ínterin que comia, tener el alma ocupada con algun buen pensamiento: y así, á más de atender á la leccion del refitorio, á mediodía pensaba en la hiel que dieron á Cristo en la cruz; á la noche pensaba en la última cena, tan llena de misterios, que el Señor celebró con sus discípulos.

Sobre todo fué notable el rigor que tuvo en la guarda de la lengua; tanto, que á quien no considerase los muchos daños que de ella nacen, y cuán fácil cosa es deslizar en esta materia, le podria parecer que en ella nuestro Luis no sólo habia sido recatado, sino demasiadamente escrupuloso. Usaba muchas veces, por oracion jaculatoria, de aquel verso de David: *Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiæ labiis meis;* y en sus pláticas comunes repetia muy á menudo aquellas palabras: *Qui non offendit in verbo, hic perfectus est vir. Si quis putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam, hujus vana est religio;* y por eso gustaba mucho más de callar que de hablar. La regla del silencio, no se puede creer la exaccion con que la guardaba dentro y fuera de casa. Enviáronle un dia á hacer ejercicio en compañía de un Padre: y porque habia oido decir que no siempre se da licencia de hablar, él se llevó un librito espiritual, y pasó todo aquel tiempo parte leyendo, parte meditando, sin hablar una palabra al compañero; el cual se edificó tanto, que le dejó continuar, y él tambien se entretuvo con alguna santa meditacion. Lo que le hacia tan amigo del silencio era, parte el temor de ofender á Dios con las palabras; parte tambien porque el gusto espiritual interior que de continuo gozaba, le quitaba todo el gusto que del hablar le podia venir. Cuando habia de hablar era con tan gran consideracion, que parece contaba metafísicamente las sílabas para no exceder.

Suelen los de la Compañía, cuando salen de casa, avisar al portero á dónde van; y porque en Roma los novicios van muchas veces á la casa profesa á ayudar las misas, y oir sermon las fiestas ó la leccion sacra, preguntó Luis al superior, si era palabra ociosa decir al portero, voy á la casa profesa, bastando decir voy á la casa. En la hora de la quiete (que es inmediatamente despues de comer y cenar, en el cual tiempo es lícito hablar los unos con los otros) sus pláticas eran

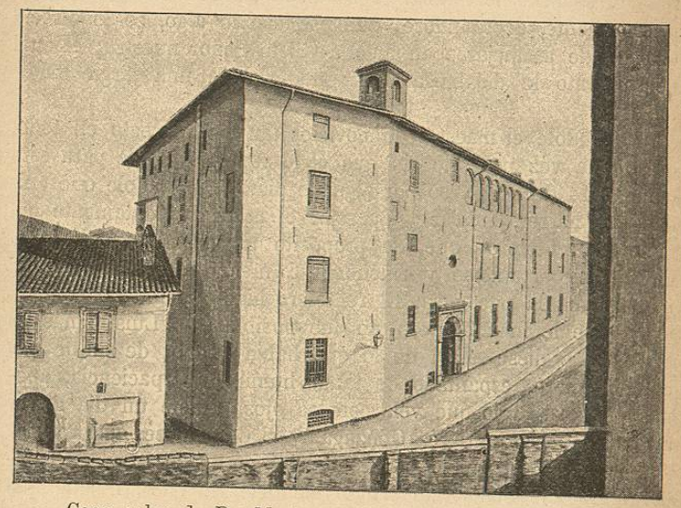
siempre de Dios: y tal vez comenzaba la razon, y ofreciéndosele que era mejor dejarla, la dejaba comenzada sin proseguirla, por más instancia que le hiciesen sobre ello.

Tambien se mortificaba en el vestido, pidiendo perpetuamente el más viejo y gastado de casa; y una vez que el superior ordenó que le hiciesen no sé qué cosa nueva, sintió tanto el ponérsela, que el ropero y los otros que estaban presentes se lo echaron de ver. Dió cuenta él al superior de la repugnancia que habia sentido, y díjole el superior, que podia tambien nacer aquello de amor propio, por no perder el buen concepto que los otros tenian de él. Estas palabras le dieron ocasion para que por muchos dias anduviese examinando sus pensamientos, á ver si podia descubrir alguna oculta raíz de aquel sentimiento; pero por más que hizo, no pudo hallar raíz culpable: antes le parecia que, si bien al principio del noviciado le habian venido algunos pensamientos de complacencia propia; pero que con la gracia de Dios habia estado tan sobre sí, que ni una sola vez habia consentido: y para asegurarse más en esta parte, por algunos meses enderezó las meditaciones de la pasion de Cristo á este fin, de arrancar de sí cualquier raíz de propia complacencia, y granjear el desprecio y odio santo de sí mismo.

En las mortificaciones de la honra puso tanto mayor cuidado, cuanto le parecia más útil y necesario á las personas de entendimiento que las penitencias corporales; y así con el ejercicio continuo de estas mortificaciones llegó á tal punto, que no tenia necesidad ninguna de vencerse para hacerlas. Pedia muy á menudo ir por las calles de Roma con un vestido roto y su talega al hombro, pidiendo limosna: preguntándole si sentia vergüenza ó repugnancia alguna en aquello, dijo que no: lo uno, porque ponia delante de los ojos el ejemplo de Cristo, el merecimiento y premio eterno que le corresponde, y esto bastaba para hacerlo sin repugnancia y con grande gusto; lo otro, porque aun de tejas abajo no hallaba allí materia de mortificacion: porque los que me encuentren (decia él) ó me conocen ó no me conocen: si no me conocen, no me importa lo que pueden pensar de mí, no siendo conocido; si me conocen, ellos se edifican, y yo estoy tan léjos de perder, que gano mucho en su concepto, y puedo temer más el peligro de vanagloria que de mortificacion, pues la pobreza, tomada no por necesidad

sino por voluntad, es cosa tan alta, que aun los mismos del mundo la tienen en gran veneracion.

De aquí tambien nacia, cuando las fiestas le enviaban por las calles y plazas de Roma á enseñar la doctrina á los pobres y labradores, hacer aquel ministerio con tal gusto y tanta caridad, que edificaba grandemente; y algunas veces sucedia que Prelados grandes hacian parar los coches por verle y oirle. Una vez entre otras se encontró con un hombre que



Casa solar de D.ª Marta, madre de S. Luis, en Chieri, no lejos de Turin.
(Véase el libro I, cap. 10.)

habia estado seis años sin confesarse, y pegósele de suerte, y hablóle con tal espíritu, que le redujo á hacer una buena confesion, y le envió á un Padre de la casa profesa que le confesase; y no fué este solo, porque otras veces envió otros á lo mismo.

En una sola cosa decia él que sentia alguna mortificacion, que era cuando públicamente en el refitorio ó en la sala le decian sus faltas; y esto lo sentia, no porque podia perder concepto con los otros en materia de virtud (que de esto no

se le daba nada), sino sólo por la pena que le daban sus faltas: y por esto ninguna cosa pedia más veces, que estas reprensiones públicas, diciendo que sacaba de ellas mucho provecho. Y aunque por el dominio que tenia adquirido sobre su imaginacion, pudiera fácilmente divertir el pensamiento á otra cosa, de suerte que ni oyera ni entendiera lo que se le decia en la reprension, no lo hacia, por no defraudar (como él decia) la santa obediencia, y por no privarse de aquel merecimiento. Mientras le estaban reprendiendo, procuraba él alegrarse interiormente, acordándose, que padeciendo algo, se le ofrecia ocasion de asemejarse en algo á Cristo Señor nuestro; el cual pensamiento le dejaba á veces materia de una larga meditacion.

Viéndole el maestro de novicios tan circunspecto en todo, quiso una vez probarle sin que él lo supiese: hízole para esto compañero del refitolero por algunos dias, mandándole que cuidase de barrer, limpiar y aparejar el refitorio: juntamente ordenó al refitolero, que de propósito le mostrase mala condicion, disgustándose y riñéndole á menudo, y ejercitándole todo el dia la paciencia. El refitolero hizo con mucho cuidado lo que se le mandó, pero no fué posible que Luis jamás se excusase ó diese razon de lo que habia hecho; de suerte que el compañero, espantado de tanta humildad y paciencia, apenas podia creer lo que veia con los ojos. Vínole un dia á ver al noviciado el patriarca Gonzaga, y al despedirse, apartándose con el Padre rector, le preguntó cómo lo hacia Luis. Respondió el rector: Señor, no tengo que decir á V. S. I. sino que puede ser maestro de todos, y tenemos bien que aprender de lo que nos enseña.

Finalmente desde aquellos primeros meses de su noviciado era tan modesto y compuesto en lo exterior, tan abstinente en la comida, tan ayunador, tan penitente, tan cuidadoso de mortificar las pasiones interiores, en particular la de la honra, tan observante de las reglas, por menudas que fuesen, tan humilde, tan afable con todos, tan rendido y obediente á sus superiores, tan devoto, tan descarnado de las cosas de mundo, tan lleno de caridad y amor de Dios, y tan perfecto en todas las virtudes; que los novicios todos le llamaban el santo, y besaban con devocion las cosas de que usaba, y trataban y comunicaban con él con tanto respeto

como si trataran con un Santo. No era este concepto sólo de los novicios; que los antiguos tambien le tenian, y procuraban haber alguna cosa suya, como reliquia de hombre santo; y por esta causa pidiéronle las Horas de Nuestra Señora que habia traido del siglo, para guardarlas por devocion, como se guardan hasta ahora en Sicilia; y un Padre predicador guarda el Breviario que trajo del siglo, como reliquia, y por tal le han tenido otros desde entonces: tan presto fué conocida su gran santidad y perfeccion.

CAPÍTULO IV. II.

De la alegría grande que tuvo de ser enviado á la casa profesa á ayudar las misas.

Los novicios de la Compañía en Roma, despues que han estado algun tiempo en el noviciado de San Andrés, y han comenzado á entrar en camino y acostumbrarse á la disciplina religiosa, suelen los superiores enviarlos por una semana ó por un mes á la casa profesa, en donde tienen su habitacion aparte, y se ocupan en ayudar las misas, en leer en refitorio, y en otras cosas á este tono, como las hicieran en el noviciado. Uno de ellos, señalado por el superior, es como el superintendente y que cuida de distribuirles las ocupaciones que tocan á cada uno, y repartirles el tiempo que han de gastar en cada cosa; y ultra de esto hay siempre un Padre grave y espiritual, que tiene cuidado de confesarlos y gobernarlos, haciendo con ellos por entonces oficio de maestro de novicios.

Habia ya estado casi tres meses en el noviciado, cuando el Padre rector le envió á la casa profesa; que fué para él de grande consuelo, por dos razones, ambas espirituales. La primera, por la ocasion que allí tendria de aprovecharse de los ejemplos de aquellos Padres antiguos, que por la mayor parte son personas que han gastado su vida en gobernar ó en otros ministerios de la Religion, y están allí atendiendo á las obligaciones de aquella casa é iglesia; ó son personas que actualmente ayudan al gobierno universal de toda la Compañía, cuya cabeza reside allí, y por esta causa son siempre personas

selectas, y que se pueden tomar por dechado y ejemplo de religion. La segunda razon era por la devocion grande que tenia al Santísimo Sacramento, por la cual, aun cuando estaba en el siglo en casa de su padre, tenia particular gusto en ayudar á misa; y así, viendo ahora que le daban este por oficio tan de propósito, túvolo á muy buena dicha, y como tal se alegró mucho con esta obediencia.

Y porque se quede dicho esto de camino, la devocion que tuvo al Santísimo Sacramento fué cosa tan sabida de todos los que le trataron, que cuando en Roma se trató de pintar su imágen, fué parecer de muchos que se debia pintar adorando el Santísimo Sacramento. Nacíale esta devocion, de los consuelos y sentimientos particulares que recibia al tiempo de comulgar: lo cual no se le hará nuevo á quien considerare la pureza de aquella alma santa, y el cuidado y diligencia que ponia en prepararse para la comunion. Tomaba una comunion por aparejo para otra, y demás de otras devociones que usaba, tenia distribuidos los dias de la semana de esta manera, que los tres primeros, conviene á saber, el lunes, martes y miércoles, los repartia en las tres divinas Personas de la santísima Trinidad, agradeciendo á cada una de por sí la merced recibida en haber comulgado el domingo pasado: los otros tres siguientes, jueves, viernes y sábado, repartia del mismo modo entre las mismas Personas, pidiendo á cada una de por sí, que le diese gracia para llegar dignamente el domingo siguiente á aquella divina mesa. A más de esto todos los dias á sus horas señaladas se iba muchas veces á la iglesia ó al coro á visitar el Santísimo Sacramento, y tener un rato de oracion en su presencia. La víspera de la comunion todas sus pláticas y conversaciones eran de este misterio, del cual hablaba con tal espíritu y fervor, que algunos Padres, que le tenian ya observado, procuraban el sábado pasar el tiempo de la quiete con él, por oirle los sentimientos y conceptos tan altos que tenia de este misterio; y afirmaban despues que ningun dia decian misa con más devocion que el domingo, por lo que Luis les habia movido y encendido el dia antes con sus palabras. Era ya esto cosa tan sabida, que siempre que alguno deseaba comulgar ó decir misa entre semana con particular devocion, buscaba traza el dia antes de hablar con Luis, y meterle buenamente pláticas de esta materia. Con este pensamiento se acostaba el

sábado, y la mañana, en despertando, continuaba al punto con el mismo: luégo tenia una hora de meditacion de la misma materia: al cabo de ella iba á la iglesia, á oir misa con

S. Luis mientras ora en el castillo de Chieri es sorprendido por su tio Hércules de Tana y la esposa de éste.
De una vidriera de colores de Noel Lavergne, que está en la capilla del Seminario menor de Versailles. (Véase el libro I, cap. 10.)

notable reverencia. En comulgando se retiraba á un rincon, y por un gran rato parecia que estaba totalmente abstracto, y que con gran dificultad se podia levantar y dejar aquel puesto;

allí se le bañaba el corazon de dulzura, y se le llenaba el alma de fervorosos afectos de amor. El resto de la mañana pasaba en santo silencio y en oracion, ya vocal, ya mental, y á ratos leyendo algun punto devoto de san Agustin ó de san Bernardo.

CAPÍTULO V.

Del testimonio que de S. Luis dió el P. Jerónimo Plati.

Volviendo, pues, á nuestra historia, por esta ocasion se holgó mucho de ir á la casa profesa, en donde halló que cuidaba de los novicios el P. Jerónimo Plati, hombre de grande virtud y espíritu, y muy entendido y práctico en materia de perfeccion religiosa, como se ve por el libro que de esta materia imprimió, y por otros que con su temprana muerte no pudo perfeccionar, y se dejaron de imprimir, con no poco daño de las personas religiosas, á cuyo provecho se enderezaban, enseñándoles en ellos el modo fácil de desnudarse y descarnarse del mundo, de mortificar la carne, de enfrenar y moderar las pasiones del alma, de arrancar los vicios y malas inclinaciones, de adquirir las virtudes propias de un religioso, en órden á sí, en órden á los prójimos y en órden á Dios; de estas materias tenia ya hechos dos libros y medio cuando le atajó la muerte, y quedó la obra por acabar. Este Padre, pues, tan espiritual y cuerdo, se consoló grandemente cuando vió á Luis en sus manos, porque desde el primer dia que lo conoció, habia hecho gran concepto de él, como se ve por una carta de su mano, que por aquel tiempo habia escrito á un hermano estudiante de la Compañía que estudiaba en el colegio de Nápoles, en que le da nuevas de la vocacion y entrada de Luis; que, aunque en parte queda dicho arriba, me pareció ponerla aquí, para que se confirme con el testimonio de tan calificado testigo. Dice, pues, la carta así:

«Carísimo hermano en Cristo:

«*Pax Christi.* A la suya, que estos dias me dieron, carí-«simo hermano Vitelleschi, no sé cómo responder mejor, que «dándole cuenta de un gran novicio que cinco dias ha entró «en San Andrés, el dia de santa Catalina. Llámase Luis «Gonzaga, hijo de un señor marqués, que tiene su Estado junto

«al del Duque de Mantua, y es deudo muy cercano del mismo «Duque. Era este el hijo mayor, y el que sucedia en el «Estado; pero, escogiéndole Dios para sí, se resolvió habrá dos «años de entrar en la Compañía, estando en la corte del Rey «de España. Dió parte de su resolucion á su padre, que estaba «tambien allí, y volviendo de España escribió al Sr. Escipion «Gonzaga su deudo, que al presente es patriarca de Jerusalen, «para que lo hablase á nuestro Padre General, y se le ofreciese «de su parte. Por ser el primogénito y el sucesor del Estado, «fué necesario que renunciase primero su derecho en otro «hermano, para lo cual era menester licencia del Emperador; «y mientras se sacaba, pasaron algunos meses. Sacada la «licencia, cuando pensaba estar ya en el puerto, se halló atrás, «porque su padre le detuvo de nuevo, que ó bien por el amor «grande que le tenia, y por tener puestas en él sus esperanzas, «ó bien porque (como él escribe al Padre General) le parecia «todavía de poca edad, no acababa de darle licencia, y le «andaba entreteniendo de año en año. Aquí se descubrió la «constancia y fervor de este mozo; porque, si bien tenia á su «padre extraordinario respeto, pero no dejó jamás de importu-«narle y probar todos los medios posibles con él: viendo que «no aprovechaban, escribió varias veces al Padre General con «grande fervor, pidiéndole licencia para venirse sin despedirse «de su padre: no salió á esto el Padre General, y así se dilató «la cosa hasta ahora, que no sé cómo se concluyó: sólo sé «decir, que sacó la licencia y vino á Roma en hábito de clérigo, «con diez personas de á caballo, poco más ó menos. Su venida «dió gran campanada, porque en los lugares todos por donde «pasaba se sabia que venia á entrar en la Compañía; y lo «mismo aquí en Roma, posando algunos pocos dias en casa del «Sr. Escipion Gonzaga. En esta sazon fué á pedir la bendicion «al Papa, y sabiéndose en su palacio sus intentos, le rodearon «los que allí estaban, que, como tenian tan diferentes preten-«siones de la suya, le miraban como á cosa milagrosa. Al fin «el lunes pasado, que como dije fué dia de santa Catalina, fué «á San Andrés con el mismo Patriarca, que se quedó tambien «allá á comer con el Padre General. Sus prendas y talentos «son tales, que aunque la nobleza es la que he dicho, puede «estar cierto que es lo menos que en él hay; porque su ingenio «es tal, que no teniendo aun diez y ocho años de edad, y